

LA MINORÍA CATÓLICA EN INGLATERRA SEGÚN EL TESTIMONIO DE ANTONIO PONZ (1783)

The Catholics Minority in England according to the
testimony of Antonio Ponz

BLANCA KRAUEL HEREDIA *

Aceptado: 16-12-95.

BIBLÍD [0210-9611(1996); 23; 189-199]

RESUMEN

Antonio Ponz se interesó por la cuestión religiosa durante su visita a Inglaterra en 1783. No se tomó en serio la libertad de cultos ya que las leyes inglesas discriminaban a los católicos. No supo entender las razones de esa antipatía popular hacia una minoría que no resultaba peligrosa. Algunos de sus comentarios y opiniones sobre las imágenes de las iglesias hacen pensar que no estaba preparado para entender el catolicismo inglés.

Palabras clave: Católicos. Inglaterra. S. XVIII.

ABSTRACT

Antonio Ponz became interested in the religious question during his visit to England in 1783. He did not take the question of the freedom of worship seriously due to the fact that English laws discriminated against the Catholics. He failed to understand the reasons for that popular antipathy towards a minority which was not inherently dangerous. Some of his comments and opinions about the images in the churches make think that he was not qualified to understand English Catholicism.

Key words: Catholics. England. XVIIIth century.

La figura de Antonio Ponz es sobradamente conocida por su enciclopédico *Viaje por España*, obra que ocupa un lugar destacado en la producción intelectual de la Ilustración española. Sin embargo, rara vez se ha tenido en cuenta la relación del viaje que este erudito valenciano hizo en 1783 por varios países europeos, entre ellos Inglaterra¹. Nigel

* Dpto. de Filología Inglesa. Universidad de Málaga.

1. PONZ, A.: *Viaje fuera de España*, Madrid, 1785, 2 vols. Aparte de Londres, el autor visita Canterbury, Windsor, Oxford, Portsmouth, Winchester, Salisbury, Bath y Bristol.

Glendinning no lo incluye entre los españoles que visitaron la isla en la segunda mitad del siglo XVIII a pesar del interés que ofrecen sus comentarios de monumentos, instituciones y costumbres².

Según consta en el prólogo del *Viaje fuera de España*, el autor deseaba realizar una tarea provechosa para sus conciudadanos, proporcionándoles ejemplos dignos de ser imitados y otros a evitar, de acuerdo con un criterio de selección lo más objetivo posible. En este sentido, escribe:

“Muy lejos de pasarle por la imaginación el insultar con ficciones, ni bufonadas a las Naciones, cuyas tierras ha recorrido, las trata con el debido miramiento, y respeto; y si por incidencia critica algunas obras, algunas prácticas o costumbres, es refiriendo lo que sobre ello han escrito y publicado otros Escritores de las propias naciones; y no como han hecho diferentes viajeros de veinte años a esta parte, que han visitado a España y después han publicado sus obras”³.

Ponz se refiere a una larga serie de viajeros extranjeros entre los que incluye a los británicos Edward Clarke, Henry Swinburne y Richard Twiss. Muchas cosas son las que les reprocha; entre otras, el poco respeto que manifiestan hacia las devociones y prácticas religiosas de los españoles.

En virtud de todo esto he pensado que merecería la pena examinar cómo contempló Antonio Ponz la situación del catolicismo inglés y, comprobar, asimismo, en qué medida hizo honor al compromiso de objetividad antes enunciado.

1. ANTONIO PONZ Y LA DIVERSIDAD DE CULTOS

El viajero español constata a su paso por cada lugar el número de iglesias existente en el mismo y la confesión religiosa a la que están adscritas⁴. Pero será durante su estancia en Londres cuando escriba que tanto en esta ciudad como en las restantes del país había

2. Cf. *Influencia de la literatura inglesa en el siglo XVIII*, “Cuadernos de la Cátedra Feijoo” n.º 20, Oviedo, 1968, pp. 55 y ss.

3. *Viaje fuera de España*, I, p. II. Respetaré en todas las citas la ortografía y puntuación originales.

4. *Op. cit.*, I, pp. 299, 303 y 322. Observaciones en dicho sentido sobre Bristol, Bath y Salisbury.

“entera libertad de Religión, dexando que cada qual siga, y crea en la que se le antoje, con tal que viva sujeto a las leyes con lo demás. La principal, y dominante es la Anglicana, Presbiteriana. Hay Metodistas, que son reformadores de aquella, Anabaptistas, Socinianos, Griegos, Quakers, Hugonotes, Judíos, Moravianos, Calvinistas, Luteranos, y qué se yo mas...”⁵.

Es evidente que se confunde al identificar la confesión anglicana con la presbiteriana, pues la segunda era la dominante en Escocia y se diferenciaba de la anterior por su rechazo de la jerarquía episcopal. Acierta, no obstante, al destacar el carácter reformista del metodismo, pues éste había surgido para atender las necesidades religiosas de las masas populares que habían sido descuidadas por el clero anglicano. No en vano, escribe:

“La observancia de la Religión anglicana, o el zelo de sus Ministros, no sé que estado tienen; pero me han asegurado que es infinito el número de la gente del Pueblo que totalmente ignora sus principios, y que desde que los bautizaron o se casaron no han entrado más en sus Iglesias, así en la capital, como por lo demás del Reyno”⁶.

Pero es la coletilla “y qué se yo más” la que sugiere que Ponz no se tomaba muy en serio la diversidad de cultos existente en Inglaterra. Esta impresión se refuerza al leer el siguiente párrafo:

“Como yo no había visto Capilla, o Iglesia de Quakers, o Tembladores, fui un Domingo llevado de la curiosidad. Me senté como los demás, esperando un buen rato para ver quien sería el insuflado que empezase a hablar, y al cabo de media hora se levantó uno, que con voz trémula, y extenuado de cuerpo dixo quince o veinte palabras, y se volvió a sentar: después de otro rato se levantó una muger, y representó igual escena, que ambas se reduxeron a decir algunas palabras de la Escritura. Viendo aquella frialdad y fanatismo, de que el Espíritu Santo sopla a qualquiera que se le antoja proferir, aunque sea una necedad, eché a correr con el amigo que me acompañaba”⁷.

Semejante escena no podía por menos que sorprender a un viajero

5. *Op. cit.*, II, pp. 82 y 83.

6. *Op. cit.*, II, p. 85.

7. *Op. cit.*, II, pp. 85 y 86.

que, en su juventud, había cursado la carrera sacerdotal en un seminario jesuíta, aunque luego no llegara a ordenarse.

Pero no hay que censurarle que se tomara a chacota esta reunión dominical, pues los cuáqueros también despertaban la hilaridad entre los propios ingleses. En este sentido, Ponz recoge ya la denominación “Quaker” o temblador, que les había adjudicado en 1650 el juez Bennett, de Derby, cuando George Fox pidió al tribunal que lo juzgaba que “temblara ante la Palabra del Señor”⁸.

Ahora bien, si Antonio Ponz no termina de aceptar la diversidad de cultos es porque rechaza la identificación entre ésta y la libertad política, de la cual se desprendía que España estaba sometida a un gobierno despótico. Lo deja bien claro cuando discute la opinión emitida en ese sentido por el viajero Edward Clarke⁹.

2. *LOS CATÓLICOS INGLESES COMO CIUDADANOS DE “SEGUNDA CLASE”*

Nuestro viajero se refiere por vez primera a los católicos ingleses cuando, encontrándose en Londres, visita el obelisco conocido como *The Monument*. Esta columna de 62 m. de altura, sita en Fish Street Hill, había sido diseñada y construida por Sir Christopher Wren para conmemorar el incendio de Londres el 2 de septiembre de 1666. El amplio pedestal que la sustenta estaba lleno de inscripciones. Sobre una de ellas escribe Ponz:

“El Vulgo, que está siempre presto a creer cualquiera absurdo, con tal que sea contra los Católicos, a los cuales como desprecio llama Papistas, cree firmemente, que por malicia de estos, y aborrecimiento a los Protestantes, se tramó dicho incendio en odio de la Religión, y libertad inglesa; y así está expresado en un letrero alrededor del pedestal.

Muy malos Católicos, y peores que Gentiles hubiesen sido los causadores de este incendio, si fuese así como cree el vulgo: ni es posible que quisieran perder sus propios bienes, como muchos de los

8. Inicialmente se denominaron a sí mismos “Amigos de la Verdad” o simplemente “Amigos”.

9. Cf. *Letters concerning the Spanish Nation*, London, 1763, pp. 15 y 16. La crítica de Ponz en *Viage*, I, p. XIII. He comentado esto en mi libro *Viajeros británicos en Andalucía. De Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, 1986, pp. 174 y 175.

Católicos los perderían en él. Entretanto el rey Carlos Segundo no creyó tal cosa, respecto de que mandó borrar semejante letrado, como se lee en el mismo, y que se mandó escribir de nuevo después de la revolución. En substancia dice, que el incendio fue tramado, y executado por la perfidia y malicia de los Papistas, a fin de extirpar la Religión Protestante, y la antigua libertad inglesa, e introducir el Papismo, y la esclavitud. ¡Qué cosas no hace decir en esta tierra el fantasmón de libertad!”¹⁰.

Aunque una investigación coetánea sobre las causas del incendio no pudo probar nada de lo susodicho, en 1677, fecha en la que se inaugura el citado monumento, Andrew Marvell acusa todavía a los católicos de haber provocado la conflagración en su panfleto *Account of the Growth of Popery and Arbitrary Government*¹¹. La inscripción difamatoria sería borrada luego por orden de Jacobo II, y no de su hermano Carlos según Ponz, para volver a ser grabada en época de Guillermo III. Y permanecerá a la vista de todos hasta 1831, a pesar de que en su día fuera objeto de no pocas críticas; entre otras, la de Alexander Pope, nacido católico, y que se refiere a la “columna” de Londres

“pointing at the skies
Like a tall bully lifts the head and lies”¹².

Hay que destacar la asociación que Antonio Ponz establece entre el vulgo y la libertad a la hora de definir el anticatolicismo inglés porque volverá a salir en otro contexto. Concretamente, cuando comenta el régimen de tolerancia vigente en Inglaterra y añade:

“sólo respecto a los Católicos son crudas, y durísimas las leyes; y aunque no estén en su total y rigurosa observancia, mientras no se deroguen, siempre serán un argumento de fiereza y crueldad, como lo es privar a los Católicos de todas clases de los derechos que les concedió la naturaleza, naciendo en este Reyno, negándoles la naturalización en él, si no abandonan su fe: cosa ridícula, y muy contraria a este decantado recinto de la libertad.

En este punto la fiereza mayor es del populacho en quien supieron arraigarla muy bien los Ministros, o Predicantes Anglicanos en las revoluciones de Religión, valiéndose de su aturdimiento, e ig-

10. *Viage fuera de España*, II, p. 44.

11. NORMAN, E.: *Roman Catholicism in England, from the Elizabethan Settlement to the Second Vatican Council*, Oxford, 1986, p. 38.

12. *Apud* MEIKLEJOHN, M. J. C.: *London. A short History*, London, 1908, p. 127.

norancia. Este feroz modo de tratar las leyes a los Católicos, o parece un aborrecimiento declarado de los Ingleses a la creencia de sus padres, y abuelos, o un terror pánico, que de los mismos católicos tienen; y como uno y otro es muy ajeno de la ilustración, y generosidad de ánimo, de que tanto se precian estos señores, se dexa conocer que así ellos, como la Corte están libres de necedades y preocupaciones populares, y aun se puede esperar que con mejor acuerdo concedan a los Católicos lo que la naturaleza no les ha negado, y los distinguan con los honores que ella misma les proporcionó¹³.

No exageraba el viajero al subrayar el rigor de unas leyes penales que apartaban a los católicos de la vida política y del ejercicio de profesiones liberales, incapacitándolos, además, para adquirir y heredar legalmente propiedades. Sin olvidar, además, las restricciones impuestas al culto: durante la primera mitad del siglo XVIII no existieron otros lugares públicos para celebrarlo que las capillas mantenidas por los embajadores de algunos países católicos en Londres¹⁴. Fuera de estas, los católicos observaban sus ritos esenciales de forma casi clandestina. Ciertamente que el clero anglicano admitía sus bautizos en los registros parroquiales previo pago de un estipendio, pero, a la hora de contraer matrimonio, las parejas católicas pasaban por dos ceremonias: una en la parroquia anglicana y otra celebrada ante el sacerdote de su propia confesión. Aunque las mayores dificultades surgían a la hora de los entierros, pues, ante la frecuente negativa del clero protestante a admitir los cadáveres en los cementerios parroquiales, aquellos eran inhumados junto a los caminos o en descampados¹⁵.

Pero Antonio Ponz no llega a comprender bien las razones de la hostilidad popular hacia el catolicismo; ese “terror pánico” que atribuye a la mala fe de los pastores anglicanos. Si la Revolución Gloriosa tuvo un carácter marcadamente anticatólico —el Acta de Tolerancia de 1689 así lo pone de manifiesto—, ello se debió a la política seguida por Jacobo II, el último monarca Estuardo, que quiso restaurar el gobierno autocrático de sus antecesores al tiempo que se confesaba católico. Esto hará que luego se asocie la adhesión al protestantismo con la preservación de la libertad política; un nexo ideológico que, en palabras de un

13. *Viage fuera de España*, II, pp. 83 y 84.

14. Concretamente, las embajadas de Portugal, Cerdeña, Génova, Venecia, Toscana, Austria, Baviera y Elector de Colonia.

15. Véanse los ensayos contenidos en DUFFY, E. (Ed): *Challoner and his Church: A Catholic Bishop in Georgian England*, London, 1981.

estudioso moderno, “was to dog the steps of English Catholicism for a couple of centuries”¹⁶.

Por la época en que Ponz visita Inglaterra las leyes penales habían entrado en una fase de relajación progresiva. De hecho, no se habían promulgado nuevas disposiciones legales contra los católicos desde el reinado de Jorge II. A partir de entonces, ni el gobierno ni la iglesia estatal desearán que se activen las ya existentes, pues el espíritu de la época se oponía a las mismas. Lo que Edmund Burke define más tarde como “the bigotry of a free country in an enlightened age” repelía a la opinión pública educada que, después del fracaso del último alzamiento jacobita, ya no teme tanto a los católicos. Máxime si, al estar familiarizada con el *Grand Tour*, señala Dorothy Marshall, “the Pope had become less of a bogey”¹⁷.

No obstante, estos valores cosmopolitas de las clases altas inglesas van a chocar con el sentimiento nacionalista del resto de la población cuando se empiezan a dar los primeros pasos para dismantelar el código penal anticatólico. Antonio Ponz lo vio así cuando escribe:

“Es indubitable que a la cultura, y buenas maneras de las personas civiles, e ilustradas es diametralmente contrario el proceder licencioso, atrevido, e insultante del inconsiderable vulgo, que sin reparo de las leyes, de la hospitalidad, de la Religión, y del respeto debido a los Magistrados, y aun al mismo soberano, atropella con todo, según sus delirios, o el poder de quien le influye a los excesos más ridículos: así no es extraño que algunos Escritores hayan dicho, que Londres es un conjunto de sabios y de bestias, donde transportadas estas con el sobrecrito de una viciosísima libertad, abandonan sus trabajos, sus casas, e intereses amotinándose, y levantando el grito para poner, o deponer Magistrados, para dar en un suplicio con quien no lo merece, para arrebatar de las manos de la justicia a un facineroso, para apedrear, y aun quemar la casa de un Embaxador, o para intentar, y executar un incendio contra las casas de los que aborrecen, como poco ha se ha visto”¹⁸.

En toda Europa se juzgaba a los ingleses como “a pugnacious and rowdy people” debido a la frecuencia de los alborotos populares, ya fuera con motivo de las elecciones o por el alza del precio de las

16. NORMAN, E.: *Op. cit.*, p. 40. Esto explica que se asocie a los católicos con las intentonas jacobitas de 1715 y 1745-46.

17. Cf. *Eighteenth Century England*. London, 1985, p. 470.

18. *Viage fuera de España*, II, p. 84.

subsistencias. En este sentido, el “mob” londinense se llevaba la palma pues siempre estaba dispuesto a volcar el coche de un ministro impopular o a cometer violencias peores, a instancias frecuentemente de políticos rivales¹⁹. Pero si Antonio Ponz asocia todo esto a la represión anticatólica es porque se está refiriendo —“como poco ha se ha visto”— a los trágicos sucesos acaecidos en Londres en 1780, comunmente conocidos como los “motines de Gordon”²⁰.

En 1778 el Parlamento había aprobado el primer *Relief Act* en favor de los católicos. Estos van a poder en lo sucesivo adquirir tierras y transmitir las por herencia, mientras que sus sacerdotes van a verse libres de denuncias y de la temida encarcelación de por vida. Tamaño paso hacia la emancipación de la minoría católica estaba en consonancia con los sentimientos ilustrados antes mencionados, pero se va a dar en un momento poco oportuno: ese mismo año Francia se une a los rebeldes norteamericanos en su lucha contra la Corona británica, circunstancia que alarma a los radicales ingleses, de siempre opuestos al cosmopolitismo de las clases altas. En Escocia se constituye una *Protestant Association* que en febrero de 1779 se extiende a Londres. A su cabeza figura Lord George Gordon, que pretende crear una contrafuerza popular a la conducta “no inglesa” de los miembros de las Cámaras²¹.

Este excéntrico personaje se vale de las movilizaciones populares para pedir la retirada del *Bill* en favor de los católicos, llegando a contar con el apoyo de los metodistas en la persona del propio John Wesley²². Sus continuas provocaciones enrarecen el ambiente hasta que se produce el estallido final en junio de 1780. Durante la semana larga que Londres vive a merced del “mob” son destruidas varias capillas de embajadas y la cárcel de Newgate, mientras que los amotinados intentan asaltar el Banco de Inglaterra. La revuelta, que sólo pudo ser sofocada con la intervención del ejército, se salda con varios centenares de muertos e importantes pérdidas materiales. Pero a largo plazo tendrá un efecto saludable en la vida política inglesa, pues, como anota Edward Gibbon en su diario, “the flames of London which were kindled by a

19. HAY, D. *et al.*: *Albion 's Fatal Tree. Crime and Society in Eighteenth Century England*, New York, 1975.

20. Aunque también lo saca a relucir cuando recoge la autocrítica inglesa sobre los excesos provocados por la libertad de prensa. *Viage*, II, p. 90.

21. NEWMAN, G.: *The Rise of English Nationalism. A Cultural History, 1740-1830*, London, 1987, p. 208.

22. En enero de 1780 publica un panfleto donde se refiere al “purple power of Rome advancing by hasty strides to overspread this once more happy land”. *Apud* NORMAN, E.: *Op. cit.*, p. 55.

mischievous madman, admonished all thinking men of the danger of an appeal to the people”²³.

Que los “motines de Gordon” respondieron inicialmente al lema *No Popery* lo prueba la saña con la que fueron atacados los domicilios de católicos en los barrios pobres de la ciudad. Pero, a partir de lo que Horace Walpole denomina “miércoles negro”, la furia popular también se descarga sobre las zonas residenciales de Westminster. Y es que bajo la consigna inicial se escondía mucha amargura social; había “a groping desire to settle accounts with the rich, if only for a day”²⁴.

Esto explica que no haya luego secuelas negativas para los católicos. Así lo da a entender Antonio Ponz, que llega a Londres tres años más tarde, cuando indica que la situación de aquellos ha registrado algún alivio en fechas recientes. Ahora se tolera la existencia de varias capillas en la ciudad, y

“los Católicos se entierran también en las Iglesias o Cementerios Anglicanos, entregando los cadáveres a sus Ministros, después que el Sacerdote Católico ha hecho los sufragios acostumbrados. Los mismos Católicos tienen un cementerio cerca de Londres en un lugar llamado Paneras”²⁵.

En 1791 el Parlamento legalizaría los lugares de culto existentes, permitiendo asimismo el acceso de los católicos a las profesiones liberales.

3. NATURALEZA DEL CATOLICISMO INGLÉS

Durante su estancia en Inglaterra Antonio Ponz constata el carácter fundamentalmente urbano de la comunidad católica isleña, la cual estaba integrada por una minoría de clase media y abundancia de artesanos que han roto los lazos tradicionales de dependencia con las *gentry*

23. Cf. *Memoirs of my Life*. Harmondsworth, 1984, p. 163. Para una descripción de la revuelta, véase HIBBERT, Ch.: *King Mob: Lord George Gordon and the Riots of 1780*, London, 1958.

24. RUDE, G.: *Hannoverian London, 1714-1808*, Berkeley, 1971, pp. 178-181 y 220-227.

25. *Viage fuera de España*, II, p. 90. Aunque exagera al afirmar que sólo en Londres había 80.000 católicos, pues estos no llegaban a 70.000 en toda Inglaterra. Cf. GILBERT, A. D.: *Religion and Society in Industrial England: Church, Chapel and Social Change, 1740-1914*, London, 1986, p. 46.

houses. Pero no parece que llegara a trabar relación directa con ningún católico, debido, quizás, a su desconocimiento de la lengua inglesa²⁶.

Por este motivo, nuestro viajero pierde la oportunidad de conocer la nueva naturaleza del catolicismo inglés. Al menos, esta es la conclusión que indirectamente se desprende de sus consideraciones sobre lo que denomina “iconomanía” protestante.

Paseando por el Strand londinense, Ponz llega a la iglesia de St. Martin in the Fields, cuya apariencia externa no deja de celebrar. Pero, una vez visto su interior, señala:

“Ni en ésta, ni en las demás Iglesias de los Protestantes encuentra el que está acostumbrado a las de los Católicos, cosa que llame su curiosidad, y se lleva el chasco el que cree que lo de dentro ha de corresponder a lo de fuera. Lo más que se ve en ellas en materia de decoración, es un órgano tallado y dorado, foliages, y cosas semejantes en los techos, o paredes, órdenes de bancos, púlpito y mesa de altar, donde están puestos los libros de la Biblia, etc.”²⁷.

Este comentario viene a ser el colofón a sus repetidas lamentaciones por la ausencia de imágenes en muchos de los templos que había visitado con anterioridad. Aunque no en todos. Por eso celebra aquellos casos donde, desde su punto de vista, la iglesia anglicana estaba dando una tímida marcha atrás. A la vista del cuadro de Antonio Rafael Mengs —Cristo resucitado apareciéndose a Maria Magdalena— que habían instalado en la capilla del “All Souls College” de Oxford, escribe:

“Las imágenes proscritas de los Templos y altares de Inglaterra, quando abandonaron sus moradores el Catolicismo, vuelven a ocupar sus lugares, como aquí se ve, y en otras Iglesias y Capillas. Acabado de quitar este escrúpulo de los Ministros de la Religión Anglicana, podrán esperar las nobles Artes un gran adelantamiento y ejercicio en tantas Iglesias como hay en este Reyno desmanteladas actualmente de la bella decoración de las imágenes en pintura y escultura. Los Católicos tendrán también por qué alegrarse al ver adoptar de sus adversarios esta santa y laudable costumbre”²⁸.

26. Pocos fueron entonces los españoles que tuvieron la oportunidad de aprender inglés. Cf. GLENDINNING, N.: *Op. cit.*, 65 y ss. Ponz no era una excepción: sabemos que sus críticas a los libros de Clarke y Swinburne se basaron en las versiones francesas de los mismos. Cf. *Viajeros británicos en Andalucía*, pp. 176 y 177.

27. *Viage fuera de España*, II, p. 21.

28. *Op. cit.*, I., p. 279. Otro caso que constata es el de la parroquia londinense de St. Stephen, donde habían colgado recientemente un cuadro de Benjamin West representando el martirio del titular (t. II, p. 39).

Que Antonio Ponz creyera que los católicos ingleses iban a regocijarse por el retorno de los anglicanos a la iconodulia demuestra que desconocía por completo el cambio de mentalidad experimentado por aquellos a lo largo del siglo XVIII. La Iglesia católica inglesa compartía entonces una serie de aspectos externos con el mundo protestante en el que vivía inmersa. Las nuevas capillas que se construyen a partir de la mitad del siglo apenas se distinguen de las que mantenían los *Dissenters*. Como señala Edward Norman:

“In many there were box-pews, some with fees. There was an absence of statues, votive lights, or almost any other ornament. Incense was rare, and so was reservation of the Blessed Sacrament and devotions to the Saints. The atmosphere of the religion within was also peculiarly adapted to the Age of Reason: the emphasis was on benevolence, just as in the eighteenth century Anglican Church, and the tone was pietistic”²⁹.

Más aun, el catolicismo inglés de la época georgiana también se acomoda internamente al mundo que lo rodea. Los sectores educados de la comunidad van a mostrar una notable antipatía por cualquier práctica devocional que parezca *superstitious*, de manera que desde mediados de siglo se harán cada vez más raros los exorcismos y las curaciones por la fe, abandonándose el culto de las reliquias³⁰.

La ignorancia de Antonio Ponz sobre estas cuestiones explica que se muestre tan agrio en su crítica al libro de Henry Swinburne, según indicaba al comienzo de este trabajo, pues llega a considerarlo como un renegado de su fe. Pero este viajero, miembro católico de la *gentry*, se había limitado a denunciar aquellas prácticas religiosas de los españoles que le parecían incompatibles con un catolicismo *enlightened*.

29. Cf. *Roman Catholicism in England*, p. 46.

30. *Ibidem*.